

ACTO III

EL ANCIANO

EL CASTILLO DE SILVA

EN LAS MONTAÑAS DE ARAGÓN

Galeria de retratos de la familia de Silva; salón cuyo decorado forman estos retratos encuadrados con preciosas molduras que coronan emblemas y escudos ducales.—En el fondo, una alta puerta gótica.—Entre los retratos sendas panoplias de diversos siglos.

PERSONAJES

DON CARLOS.

DOÑA SOL.

HERNANI.

YÁGUEZ.

DON RUY GÓMEZ DE SILVA.

ESCENA I

DOÑA SOL, de blanco y en pie junto á una mesa. DON RUY GÓMEZ DE SILVA, sentado en su gran sitial de roble.

D. RUY.—¡Por fin llegó el día! Dentro de una hora serás mi duquesa. Nada ya de tío ni sobrina: ya podré abrazarte y... Pero ¿me has perdonado? No tuve razón, lo confieso: hice que palidieran tus mejillas y se ruborizara tu frente, con harto pronta sorpresa, y no debí haberte condenado sin oírte. ¡Cómo engañan las apariencias y qué injustos somos! Verdaderamente, allí estaban los dos mozos, muy gentiles de persona ambos á dos. No debí dar crédito á mis propios ojos; pero ¿qué quieres, niña? cuando uno es viejo...

D.^a SOL.—Siempre me habláis de ello, y nunca os lo eché en cara.

D. RUY.—Pues yo sí. Yo debía saber que con un alma como la tuya, no puede tener galanes quien se llama doña Sol de Silva, y tiene en sus venas pura sangre castellana.

D.^a SOL.—Ciertamente; es pura y buena, y acaso se vea muy pronto.

D. RUY (*Yendo hacia ella*).—Escucha: nadie es dueño de sí mismo, cuando está enamorado, como yo lo estoy de ti, y es además viejo. Cualquiera se vuelve celoso y malo en ciertas condiciones. ¿Por qué? ¡La vejez! Porque la belleza, la gracia, la juventud en otro, todo espanta y hace temblar; porque está uno celoso de los demás y avergonzado de sí mismo. ¡Qué irrisión que este hombre cojo ó tullido, con el corazón ardiente y embriagado de amor, haya olvidado el cuerpo al rejuvenecer el alma! Cuando pasa un joven pastor, muchas veces, mientras vamos,

cantando él por su verde prado, yo soñando por mis negras avenidas, muchas veces digo para mí: «¡Oh! de qué buena gana daría yo mis almenadas torres, mi antiguo palacio ducal, mis bosques y sembrados, mis rebaños, mis títulos, todas mis ruinas por su cabaña nueva y por su frente juvenil!» Porque sus cabellos son negros, porque sus ojos brillan como los tuyos. Tú puedes verlo y decir: «¡Qué mozo!» Y después pensar en mí, que soy viejo. Verdad que soy Gómez de Silva; pero esto no basta. Sí, esto digo para mí. Ya ves hasta qué punto te amo: todo lo daría por ser joven y hermoso como tú. Pero ¿á qué viene delirar así? ¡Yo joven y bello, cuando debo precederte en la tumba!

D.^a SOL.—¿Quién sabe?

D. RUY.—Pero créeme, esos caballeros frívolos no aman tan inmensamente que no se gaste su amor en palabras. Si una doncella ama á uno de esos mozalbetes, ella se muere por él y él se ríe de ella. Todos esos pajarillos de alas ligeras y vistosas tienen tan mudable el amor como el plumaje. Los viejos, sin alas tan vistosas ni ligeras, amamos mejor. ¡Que nuestro paso es pesado! ¡que nuestra frente está arrugada, y áridos nuestros ojos? Verdad, pero el corazón no se agosta ni se arruga jamás. ¡Ah! cuando un viejo ama, hay que considerarlo mucho; el corazón siempre es joven y puede lastimarsele. ¡Oh! mi amor no es como un juguete de cristal que brilla y tiembla, no; es un amor severo, profundo, sólido, seguro, paternal, amistoso, de madera de roble, como mi silla ducal. He aquí cómo yo te amo, y de otras cien maneras más: como se ama á la aurora, como se ama á las flores, como se ama á los cielos. De verte todos los días con tu gracioso paso, con tu frente pura y tus brillantes ojos, me río con todo el júbilo del alma y en el alma llevo una eterna fiesta.

D.^a SOL.—¡ Ah!

D. RUY.—Y luego el mundo ve con buenos ojos que cuando un hombre se extingue y poco á poco se va, hasta tropezar en la piedra del sepulcro, una mujer, ángel puro, vele por él, lo abrigue y se digne sufrir al inútil anciano que no es bueno ya sino para morir. Excelente obra que con razón se alaba, el supremo esfuerzo de un corazón que se sacrifica, que consuela á un moribundo hasta el fin y sin amar acaso tiene dulzuras de amor. ¡ Oh! tú serás para mí un ángel con corazón de mujer que regocije aún el alma del pobre anciano y soporte la mitad de sus últimos años, hija por el respeto y hermana por la piedad.

D.^a SOL.—Lejos de precederme, bien pudiérais seguirme, señor. No es razón para vivir ser joven. ¡ Ah! muchas veces los viejos se retardan, y van delante los jóvenes.

D. RUY.—¡ Qué ideas tan sombrías! He de reñirte, niña: un día como este es alegre y sagrado. Y á propósito ¿ cómo no estás vestida ya para la ceremonia? La hora se acerca. Vé, corre á vestirme, mientras yo cuento los instantes.

D.^a SOL.—Siempre será tiempo.

D. RUY.—No tal. (*Entra un paje.*) ¿ Qué quiere Yá-guez?

EL PAJE.—Señor, un peregrino espera á la puerta pidiendo hospitalidad.

D. RUY.—Quien quiera que sea, la ventura entra en la casa con el forastero que en ella se recibe. Que éntre, pues. ¿ Hay algunas noticias de afuera? ¿ Qué se dice del capitán de bandoleros proscrito?

EL PAJE.—Todo acabó para Hernani, el león de la montaña.

D.^a SOL (*Aparte*).—¡ Dios mío!

D. RUY.—¿ Cómo?

EL PAJE.—La partida ha sido derrotada. Dicen que

el mismo rey se puso al frente de la tropa que salió en persecución de los bandidos. La cabeza de Hernani vale por el momento mil escudos: pero se dice que ha muerto en la refriega.

D.^a SOL (*Aparte*).—¡ Sin mí! ¡ Pobre Hernani!

D. RUY.—¡ Gracias á Dios! Por fin murió el rebelde. Ahora podemos alegrarnos sin peligro, hija mía. El bandido murió. Ea, vé á ataviarte, amor mío, mi orgullo. ¡ Hoy doble fiesta! Vé, vé á vestirme.

D.^a SOL (*Aparte*).—De luto ¡ ay de mí! (*Sale.*)

D. RUY.—Que le lleven pronto el cofrecito de joyas, que yo le regalo. (*Siéntase.*) Quiero verla adornada como una Virgen, ante la cual caiga de rodillas el peregrino. Á propósito. ¿ Y ese que pedía hospitalidad? Corre, vé y dile que éntre, y guíalo aquí. (*Sale el paje.*) Hacer esperar á un peregrino raya en impiedad. (*Abrese la puerta del fondo y aparece Hernani disfrazado de peregrino. El duque se levanta.*)

ESCENA II

DON RUY GÓMEZ. HERNANI.

HERNANI.—¡ Paz y ventura al generoso duque!

(*Avanza.*)

D. RUY.—¡ Ventura y paz al peregrino mi bien venido huésped! (*Siéntase.*) ¿ No eres peregrino?

HERNANI.—Sí.

D. RUY.—Sin duda vendrás de Armillas.

HERNANI.—No; he tomado otro camino... se batían por allá.

D. RUY.—La partida del proscrito ¿ eh?

HERNANI.—Lo ignoro.

D. RUY.—Y ese Hernani ¿ sabes qué ha sido de él?

HERNANI.—¿ Quién es ese hombre, señor?

D. RUY.—¿ No le conoces? Peor para ti, que has malogrado la ocasión de ganar la gruesa suma en que se puso á precio su cabeza. Ese Hernani es un rebelde al Rey, nuestro señor; un capitán de bandoleros que andaba suelto é impune há mucho tiempo. Si vas á Madrid le verás ahorcar.

HERNANI.—No, no voy allá.

D. RUY.—Su cabeza es de quien quiera cortársela.

HERNANI (*Aparte*).—Que vengan por ella.

D. RUY.—Pues ¿ adónde vas, buen peregrino?

HERNANI.—Á Zaragoza, señor.

D. RUY.—¿ Á cumplir algún voto á la Virgen?

HERNANI.—Sí, á la Virgen del Pilar.

D. RUY.—¡ Madre y Señora mía! Menester es no tener alma para olvidar los votos hechos á los santos. Pero una vez cumplido el tuyo ¿ no llevas otros desig-nios? ¿ Ver el Pilar es todo lo que deseas?

HERNANI.—Todo.

D. RUY.—Bien. Y ¿ cómo te llamas, hermano? Yo soy Ruy Gómez de Silva.

HERNANI.—Yo...

D. RUY.—Puedes callar tu nombre, si quieres; nadie tiene aquí el derecho de saberlo. ¿ Vienes á pedir hospitalidad?

HERNANI.—Sí, ilustre Silva.

D. RUY.—¡ Muy bien venido! Quédate en mi casa y dispón de todo. En cuanto á tu nombre, te llamas mi huésped y basta. Quien quiera que seas, te acojo, que al mismo Satanás recibiría, si Dios me lo enviara. (*Abrese de par en par la puerta del fondo y entra doña Sol en traje nupcial, seguida de pajes, criados y dos doncellas que traen sobre un cogen de terciopelo un cofrecito cincelado, que dejan sobre una mesa. El cofrecito encierra una corona ducal, brazaletes, collares, perlas y brillantes en confusión. Hernani, jadeante y azorado, mira con fulgurantes ojos á la novia sin escuchar ya al duque.*)



HERNANI. — ...Yo soy Hernani.

ESCENA III

Los mismos, DOÑA SOL, pajes, criados, doncellas.

D. RUY.—¡ He aquí á mi Virgen del Pilar ! Orar ante ella, te traerá felicidad. (*Va á ofrecer la mano á Sol.*) Futura esposa mía, venid, venid. Pero ¡ cómo estáis todavía sin el anillo nupcial ni la corona !

HERNANI (*Con voz de trueno*).—¿ Quién quiere ganarse aquí mil carlos de oro ? ¡ Yo soy Hernani !

(*Todos se vuelven sorprendidos. Hernani desgarrá su hábito de peregrino, lo pisotea y queda en su traje ordinario.*)

D.^a SOL (*Aparte, con júbilo*).—¡ Aún vive ! ¡ Gracias, Dios mío !

HERNANI (*A los criados*).—Yo soy el proscrito á quien se busca. (*Al duque.*) ¿ No queríais saber si me llamaba Pedro ó Diego ? No, me llamo Hernani. Aquí tenéis la cabeza puesta á precio. Vale bastante oro para pagar vuestras bodas. Á todos os la ofrezco. Tomadla. Atadme de piés y manos... Pero es inútil : me liga una cadena que no puedo romper.

D.^a SOL (*Aparte*).—¡ Infeliz de mí !

D. RUY.—¡ Qué locura ! Estáis sin duda loco, huésped mío.

HERNANI.—Vuestro huésped es un bandido.

D.^a SOL.—No, no le escuchéis.

HERNANI.—Dicho está.

D. RUY.—¡ Mil carlos de oro ! Tan fuerte es la suma que no respondo de todos mis criados.

HERNANI.—Me basta uno solo. Delatadme, entregadme.

D. RUY.—Callad, callad, no sea que os cojan la palabra.

HERNANI.—La ocasión es propicia. Os aseguro que soy el proscrito, el rebelde Hernani.

D. RUY.—Callad.

HERNANI.—¡Hernani!

D.^a SOL (*A su oído*).—¡Oh! ¡calla, por Dios!

HERNANI.—Aquí por lo visto estáis de bodas. Yo también quiero celebrar una fiesta imperial. Mi esposa me espera: no es tan bella como la vuestra, señor duque, pero no es menos fiel... es la muerte. (*A los criados*.) ¡Ninguno de vosotros da un paso todavía!

D.^a SOL (*Bajo*).—¡Por piedad!

HERNANI.—¡Hernani! ¡Mil escudos de oro!

D. RUY.—Es el mismo demonio.

HERNANI (*A un paje joven*).—Ven, ven tú; tú ganarás los mil carlos, y rico entonces, el paje será un hombre. (*A los criados*.) Pero ¿qué hacéis vosotros? ¡Temblar! ¿Hay peor suerte?

D. RUY.—Tocando á tu cabeza arriesgarían la suya. Aunque fueras Hernani ú otro cien veces peor, y así en lugar de oro ofrecieran un imperio, en mi casa debo protegerte contra todos, contra el mismo rey, porque al huésped lo envía Dios. ¡Muera yo, antes que nadie toque á un cabello de tu cabeza! Sobrina mía, dentro de una hora serás mi esposa. Vuelve á tu aposento. Voy á poner en armas el castillo y á cerrar sus puertas. (*Sale seguido de sus criados*.)

HERNANI (*Mirando con desesperación su cinto desarmado*).—¡Ah! ¡ni un puñal!

(*Luego que ha desaparecido el duque, da Sol algunos pasos como para seguir á sus doncellas; después se detiene, y cuando salen, vuelve con ansiedad hacia Hernani*).

ESCENA IV

HERNANI, DOÑA SOL

(*Contempla Hernani con mirada fría y como distraída el cofrecillo nupcial de encima la mesa y fulguran sus ojos*).

HERNANI.—Os doy el parabién. Me encanta el adorno... me encanta... (*Acercándose al cofrecillo*.) El anillo nupcial es de buen gusto... la corona ducal admirable... el collar, precioso... los brazaletes, bellísimos; pero cien veces, cien veces menos que la mujer que en seno tan blanco oculta un corazón tan negro. Y ¿qué habéis dado por todo esto? Un poco de vuestro amor. ¡Gran Dios! ¡Engañar así, no tener vergüenza y vivir! Pero al cabo, al cabo tal vez sean falsas estas perlas, cobre el oro, vidrio y plomo los diamantes, y falsos los zafiros y falso todo. ¡Ah! Si es así, duquesa, como estas joyas, es falso tu corazón y no eres más que oropel. Pero no, todo es fino y bueno y bello. Collar, brillantes, pendientes, corona, anillo nupcial... nada falta. ¡Magnífico regalo! Y á fe que lo merece amor tan seguro, tan fiel, tan profundo.

D.^a SOL.—No has llegado al fondo. (*Registra ella misma y saca un puñal*.) Es el puñal que arrebaté al rey cuando me ofrecía un trono, que desprecié yo por quien ahora me ultraja.

HERNANI (*Cayendo á sus piés*).—¡Oh! Deja que de rodillas recoja las lágrimas que lloran tus tristes cuanto bellos ojos. Después, por esas lágrimas, toma tú toda mi sangre.

D.^a SOL.—Te perdono, Hernani; pero no olvides nunca que todo mi amor es tuyo.

HERNANI.—¡Me ha perdonado y me ama! ¡Oh! Quisiera saber dónde pisas para besar el suelo.

D.^a SOL.—¡Oh!

HERNANI.—No, yo debo serte odioso; pero escucha, dime otra vez que me amas; calma un corazón que duda: dímelo por piedad, porque muchas veces con tan pocas palabras han curado hondas heridas los labios de una mujer.

D.^a SOL.—¡Creer que fuera tan olvidadizo mi amor! ¡No recordar, no saber que nunca jamás ninguno de-

esos hombres sin gloria podría ocupar un corazón lleno de Hernani!

HERNANI.—He blasfemado. Cualquiera en tu lugar se hubiera cansado ya de este loco furioso, que no sabe acariciar, sino después de haber ofendido, y le hubiera dicho ¡Basta! ¡Vete! Recházame, recházame. Yo te bendeciré, porque has sido bondadosa y dulce siempre conmigo, porque me has sufrido demasiado tiempo, porque soy un malvado oscureciendo, manchando tu luz con mis sombras. Sí, es demasiado ya: tu alma es bella y noble y pura, y si yo soy malo, ¿acaso es tuya la culpa? Sé esposa del duque; es bueno y rico: sé feliz con él. No olvides lo que esta mano puede ofrecerte: un dote de dolores. La proscripción, los hierros, la muerte, el espanto que me cerca: tal sería tu collar, tal tu corona. Sé esposa del anciano, te repito. Y él lo merece más. ¿Cómo casar tu pura frente con mi cabeza proscrita? ¿Quién, viéndonos unidos, á ti tranquila y bella, á mí violento y fiero, á ti apacible, limpia como blanca azucena, á mí, á mí airado, sombrío, azotado por tantas tempestades; ¿quién diría que nuestra suerte sigue la misma ley? No, Dios que lo hace bien todo, no te hizo á ti para mí. No me concedió el cielo derecho ninguno sobre ti; me resigno: poseer tu corazón sería un robo, y se lo restituyo al más digno. Jamás consintió el cielo en nuestro amor; y mentí, si te dije que era nuestro destino, mentí. Amor, venganza ¡adiós! Se acabó todo: me voy avergonzado de no haber podido vengarme ni ser feliz. ¡Y que naciera para odiar yo que no he sabido más que amar! Perdóname, huye de mí: es ya mi único ruego; no lo desoigas, porque es también el último. Tú vives y yo muero. No veo por qué razón habrías tú de enterrarte conmigo.

D.^a SOL.—¡Ingrato!

HERNANI.—¡Montes de Aragón! ¡Galicia! ¡Extrema-

dura! ¡Oh! Yo llevo la desgracia á todo lo que me rodea. Os quité vuestros mejores hijos; sin remordimiento les hice pelear por mis derechos y murieron. Eran los más bravos de la heroica España. Y cayeron, cayeron todos heridos en el pecho. He aquí lo que hago yo con todo lo que se me une. No, no es para ti unión esta de que debas tener celos. Cásate con el duque, con el diablo del Rey... enhorabuena: todo lo que no sea yo vale más que yo. Ni un amigo tengo que se acuerde de mí; todos me abandonan: tiempo es ya de que te llegue tu vez, porque debo quedar solo. Huye de mi contagio. ¡Oh! por piedad de ti huye de él. Acaso me creas un hombre como son los demás, un sér inteligente, que corre derecho al fin que se propuso. Desengáñate. Soy una fuerza que va, un agente ciego y sordo de funebres misterios, un alma formada de tinieblas. ¿Adónde voy? No lo sé. Pero me siento empujado por soplo impetuoso, por un loco destino, y bajo y bajo sin detenerme nunca. Si jadeante á veces vuelvo la cara atrás, oigo una voz que me grita ¡Adelante! Y el abismo es profundo; y de fuego ó de sangre, lo veo todo rojo allá en lo hondo. Entre tanto, á una y otra mano de mi vertiginoso camino, todo se rompe, y muere todo. ¡Ay, del que me toca! ¡Oh! huye, aléjate de mi fatal camino, pues sin querer, doña Sol, te haría daño.

D.^a SOL.—¡Dios mío!

HERNANI.—El ángel de mi guarda ha de ser un demonio poderoso; mi felicidad es el único prodigio que le es imposible. Y tú eres la felicidad; no eres para mí. Toma otro esposo; y si algún día el cielo se aplacara... ¡Qué ironía! No, no lo esperes. Cásate con el duque.

D.^a SOL.—No era bastante haberme desgarrado el corazón y ahora me lo arrancas. ¡Ah! no me amas.

HERNANI.—¡Oh! mi corazón eres tú, mi alma eres

tú, el ardiente foco que a mi me da luz y calor eres tú; pero he debido hablarte así: no me quieras mal por eso.

D.^a SOL.—No, pero moriré.

HERNANI.—¡Morir tú! ¿Por quién? ¿Por mí? ¿Harías de morir por tan poco?

D.^a SOL (*Rompiendo á llorar*).—Moriré.

(*Cae en una silla.*)

HERNANI (*Acudiendo*).—¡Oh! ¡Lloras! Y siempre por culpa mía. ¿Quién me castigará, ya que tú siempre me perdonas? ¿Quién, á lo menos, pudiera hacerte ver lo que yo sufro, cuando una lágrima extingue la luz de tus ojos, que es la única luz del alma mía! Pero han muerto mis amigos; estoy loco... perdóname otra vez. Quisiera amar y no sé; y, sin embargo, me estoy muriendo de amor. No llores: muramos antes. ¡Que no tuviera yo un mundo que poner á tus piés! ¡Pero soy tan pobre!...

D.^a SOL (*Abrazándole*).—¡Oh! tú eres mi león soberbio y generoso, y yo... yo amo á mi león.

HERNANI.—¡Oh! El amor sería un bien supremo, si pudiéramos morirnos á fuerza de amar. ¿Quién de los dos se hubiera muerto antes?

LOS DOS Á LA VEZ.—Yo.

HERNANI (*Con desesperación*).—¡Oh! cuán dulce me sería una puñalada tuya!

D.^a SOL.—¡Ah! ¿No temes que te castigue Dios?

HERNANI (*Apoyando la frente en su seno*).—Pues bien, que Dios nos una. Tú lo quieres así, así sea. Yo he resistido.

(*Se contemplan extasiados sin ver ni oír nada en torno.*)

(*Entra don Ruy por el fondo, los ve y se detiene como petrificado.*)

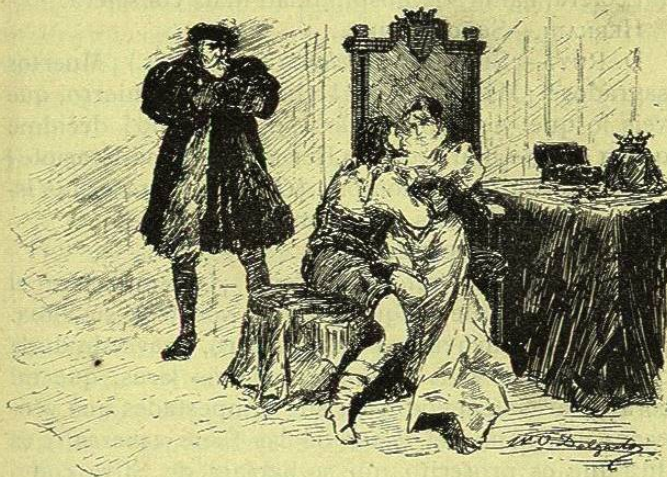
ESCENA V

HERNANI, DOÑA SOL, DON RUY GÓMEZ

D. RUY (*Inmóvil y con los brazos cruzados*).—He aquí el pago de mi buena hospitalidad.

D.^a SOL.—¡Dios mío! ¡El duque!

(*Se aparta con sobresalto.*)



D. RUY.—Es este el pago, señor huésped?—Buen señor, id á ver si la muralla es segura, si están las puertas cerradas y el arquero en su torre. Revisa tu castillo, busca en tu arsenal una armadura á tu medida; requiere á los sesenta años tu arnés de batalla: he aquí la lealtad con que pagaremos la tuya.—¡Santos del cielo! He vivido más de sesenta años, he encontrado á veces gentes desalmadas; muchas veces al sacar mi espada de la vaina he levantado caza de ver-

dugo; he visto asesinos, traidores, monederos falsos, criados infieles que envenenan á sus amos; he visto á Sforza, á Borgia, á Lutero; pero nunca he visto perversidad tan grande que no hubiera temido el rayo de Dios haciendo traición á su huésped. Esto no es de mi tiempo: tan negra traición petrifica á un anciano en el umbral de su casa, como si fuera la estatua de su misma tumba. ¿Quién es este hombre? ¡Oh vosotros, todos los Silvas que aquí me escucháis! (*A los retratos*) perdonad si ante vosotros, perdonad si en mi cólera, llamo á la hospitalidad mala consejera.

HERNANI.—Señor duque...

D. RUY.—¡Silencio! (*Adelanta unos pasos.*) ¡Muertos sagrados! ¡Mayores míos! ¡hombres de hierro, que veis lo que viene del cielo y del infierno! decidme quién es este hombre. ¿Es Hernani ó Judas Iscariote? Hablad, decidme su nombre. (*Crúzase de brazos.*) ¿Visiteis en vuestros días nada semejante?

HERNANI.—Señor duque...

D. RUY (*A los retratos*).—¿Veis? ¡Quiere hablar el infame! Pero mejor que yo veis vosotros su alma. ¡Oh! no le escuchéis! es un trapacero. Prevé sin duda que mi brazo va á ensangrentar mis lares, que mi corazón acaso engendra en sus tempestades una venganza, hermana del festín de las Siete cabezas, y os dirá que es proscrito, que se hablará de Silva como se habla de Lara, y..... que es mi huésped, y que también lo es vuestro..... ¡Antepasados míos! ya lo veis: suya es la culpa, mía no. Juzgad entre los dos.

HERNANI.—Ruy Gómez de Silva, si jamás se elevó al cielo una frente noble, si hay un corazón hidalgo, un alma grande en el mundo, es vuestra alma, señor; es la tuya, huésped mío. Soy culpable y no tengo que decir nada en mi abono, sino que soy digno de tu cólera. Sí, he querido robar á tu esposa, y hasta man-

char tu lecho: es una infamia. Pero sangre tengo: derrámala, limpia luégo tu espada y en paz.

D.^a SOL.—Señor, yo sola soy la culpable; castigadme á mi sola.

HERNANI.—Callad, doña Sol, porque esta hora es suprema y me pertenece á mí: no tengo ya nada más. Así, dejad que á solas me explique aquí con el duque. Duque, cree en mis últimas palabras. Soy culpable; pero no te inquietes: te juro que es pura. Así, para ella, pura, tu amor y tu fe; para mí, culpable, tu espada ó tu hacha ó tu puñal; después mandas tirar afuera mi cadáver, y lavar el suelo, manchado con mi sangre y... en paz.

D.^a SOL.—¡Ah! Yo soy la causa de todo, porque le amo. (*Don Ruy retrocede sorprendido y mira á la novia con fulgurantes ojos. Sol cae de rodillas y añade.*) ¡Oh! Perdonad, señor; pero le amo.

D. RUY (*Con escándalo*).—¿Le amáis? (*A Hernani.*) ¡Tiembla pues! (*Són de trompetas fuera. Entra un paje.*) ¿Qué es eso?

EL PAJE.—El Rey, señor duque, el Rey que viene en persona con un cuerpo de arqueros; toca su heraldo.

D.^a SOL.—¡Gran Dios! ¡El Rey! ¡Esto faltaba!

EL PAJE.—Pregunta el Rey por qué está cerrado el castillo y manda abrir la puerta.

D. RUY.—Abrid al Rey.

(*Sale el paje.*)

D.^a SOL.—¡Está perdido!

(*Don Ruy va á un cuadro, que es su propio retrato y el último á la izquierda, toca un resorte, y se abre una puerta dejando ver un escondrijo practicado en el muro. Luégo se vuelve á Hernani.*)

D. RUY.—Entrad aquí.

HERNANI.—Mi cabeza es vuestra. Entregádsela, señor: estoy dispuesto á morir.

(*Entra en el escondrijo y vuelve á cerrar don Ruy.*)

D.^a SOL (*Al duque*).—¡Señor, piedad para él!